

*La sociedad más allá de la identidad: encrucijadas mexicanas en un mundo multipolar*

«Strange days have found us» («días extraños nos han encontrado»), cantaba en 1967 el joven Jim Morrison con hipnótica voz, lúgubre y profética. «Días extraños nos han seguido la pista» («strange days have tracked us down»), aseguraba el vate dionisiaco, heredero tardío de Rimbaud, otro *enfant terrible*: demasiado joven para estar vivo, demasiado vivo para estar muerto. Ha pasado más de medio siglo y, pese a ello, esos días siguen aquí, al acecho. Como los personajes circenses que aparecen en el vídeo de la canción, ahora también nosotros desfilamos con una sonrisa más irreal que sincera, menos lúdica que truculenta, por un laberinto de calles nocturnas por donde intentamos escapar de una persecución tan absurda como injusta, crudamente kafkiana, haciendo malabarismos de toda clase para sobrevivir.

Ante nosotros, el desierto avanza: presagio de Nietzsche. Hoy, ese avance devora cuerpos. Lo hace en guerras y genocidios, los borra en impunes desapariciones, los golpea hasta dejarlos sin aliento con la vida saliéndoles por la boca, en medio de la precariedad extrema y los pronósticos de una recesión terrible. Muchos son cuerpos jóvenes; otros, no tanto, pero alguna vez lo fueron; de ahí que sea igual de ignominioso el destino al que se les arroja: una fosa común donde todo el ruido mediático es el mórbido código del olvido. ¿Cómo pensar, entonces y para qué? Yo, más bien, preguntaría: ¿cómo no pensar y para qué serviría, entonces, seguir viviendo? Es frente a lo atroz que el pensamiento debe recomponerse y reafirmarse, y nosotros, pensar de nuevo, como hizo en su día Hannah Arendt, en tiempos oscuros. «No hay vida correcta en la vida falsa», escribió Theodor Adorno. Y por eso el pensar rechaza la verdad de una vida levantada sobre la injusticia de tantas agonías, desapariciones y muertes que podrían -que deberían- haberse evitado.

Todo ello, y aún más, insta a reconocer el sentido de recuperar proyectos esenciales pero olvidados y a reacomodar preguntas antiguas en renovados contextos. ¿Qué implicaría, por ejemplo, hablar otra vez de sociedad, y no sólo de lo social?, o ¿cómo pensar la cultura sin convertirlo todo en cultural y hacer que, así, toda crítica se disuelva en el aire? ¿De qué forma conjugar sociedad y cultura sin recaer en el funcionalismo o en el culturalismo? ¿Podemos rebasar las discusiones sobre las identidades nacionales para pensar lo *glocal* en un mundo multipolar? Son cuestiones amplias pero transversales que conviene abordar desde una impregnación de lo concreto, más que desde una precipitada universalidad sin raíces, en una vigorosa colaboración entre la filosofía y la antropología, la historia, la sociología no positivista o las artes. El diálogo con investigadores como el Dr. Claudio Lomnitz supone un paso en esa dirección, algo urgente para una época de brújulas que deliran.

El Dr. Claudio Lomnitz es antropólogo e historiador. Trabaja como profesor titular y jefe del Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia en Nueva York, y es miembro del Colegio Nacional. Su obra, que incluye títulos como *Las salidas del laberinto: cultura e ideología en el espacio nacional mexicano*; *la Idea de la muerte en México*; *Deep Mexico, Silent Mexico*; *El regreso del camarada Ricardo Flores Magón*, *Nuestra América: My Family in the Vertigo of Translation* y, más recientemente, *La nación desdibujada*, *El tejido social rasgado* y *Para una teología política del crimen organizado*, supone una referencia imprescindible para entender el pasado y presente de México (un gran país con problemas igualmente gigantescos), al igual que para pensar en su porvenir dentro de un mundo de enorme incertidumbre. A título más personal, diré que, desde mi llegada al «laberinto» mexicano, sus artículos y libros me han acompañado. He descubierto cosas en ellos que me han hecho reflexionar y hasta sentirme motivado en mi

propio camino de antropólogo trufado de pasiones literarias e inquietudes filosóficas. Vivimos tiempos extraños, es cierto; pero no me cabe duda de que, en la alegría de ese encuentro con las palabras de quienes saben más que nosotros y de quienes podemos seguir aprendiendo, vivimos la única experiencia «sagrada» de la universidad, la cual convierte tal extrañeza en algo mucho más llevadero, al recordarnos, una y otra vez, la encomienda que tenemos: seguir buscando, seguir pensando.

David Ramos Castro

Dr. Antropología Social

Investigador Posdoctoral-SECIHTI

Facultad de Filosofía e Instituto de Investigaciones Filosóficas, UMSNH